

[Martes 16 de agosto de 2011] Cuarto capítulo de la novela inédita *Arroyo Seco*

■ ■ J.R.M. Ávila*

No sabes cuánto tiempo duermes, pesadilla tras pesadilla, pero con ninguna te sobresaltas como cuando escuchas: “Esta persona se ha reportado como desaparecida. Cualquier información se agradecerá en...”. Quedas aturdido porque, aunque sabes que se trata de una pesadilla, no puedes escapar. Tu rostro se ve a pantalla completa. La voz del hombre no dice más que un teléfono que aparece escrito en letras blancas, en el que se puede reportar cualquier información sobre ti. Lo repite por si quedara duda. Y lo peor de todo es que no puedes apagar todos los televisores del mundo al apagar el tuyo. Quisieras que nadie se diera cuenta, pero en vano te lamentas. No ha de terminar el día que hoy empieza, sin que te atrapen.

Sueñas, sí, es una pesadilla, pero ¿Quién te busca? ¿La justicia? ¿Los policías de los que escapaste? ¿Tus familiares? ¿Los compañeros de la oficina en que trabajas? ¿Has desaparecido y no te has dado cuenta de que eres un fantasma? ¿Por qué te buscan? ¿De dónde salió esa foto tuya? ¿Quién la tomó? Te quedas desconectado, fuera del mundo. No sabes qué hacer. Esperas que la información se repita, pero es en vano. No la encuentras en canal alguno.

Pero la amenaza verdadera no provendrá de quien te busca por televisión, sino de los policías y de los violadores. ¿Cómo escapar de ellos? Para que no te dañaran, tendrías que localizarlos primero. Porque esto es como decían de un monstruo del cual sólo escapabas si lo veías antes que él te descubriera. Basilisco se llamaba, nacido de un huevo de gallina empollado por un sapo o de un huevo de serpiente empollado por una gallina, no lo recuerdas muy bien. Tal vez tuviera otro nombre, pero la historia era esa. Si

te veía primero, estabas perdido, te convertía en algo que no eras: piedra, tierra, tal vez polvo, algo diferente, como si te degradaran del reino de los seres vivos hacia el de los no vivos.

Por ahora el monstruo está disperso. Es un monstruo de siete cabezas a cuál más temible. Tres de ellas te odian a muerte por la golpiza a palo y piedra que les asestaste. Cuatro no se sentirán a salvo mientras andes suelto. Pero te odien o te teman, debes ocultarte de las siete cabezas, verlas antes de que te vean, una a una.

Con siete oportunidades cuentan para acabar contigo. En cambio, tú estás en desventaja. Necesitarás ayuda y no sabes quién te la pueda brindar. Ni siquiera te creerían por lo que has pasado si lo cuentas. Además, debes saber a quién contárselo, alguien en quien confiar, incapaz de entregarte, pero por más que repasas la lista de amigos, familiares, conocidos, gente que te aprecia, no sabes a quién acudir.

El locutor de la pesadilla sólo ha dicho que se agradecerá la información sobre ti. Nada de que se recompensará a quien lo haga. Hasta por perros, gatos y mascotas en general, se ofrece recompensa, pero por ti no. Sólo se agradecerá la información que se haga llegar no se sabe a quién.

Para animarte un poco, piensas que al menos los tres violadores no se atreverán a denunciarte porque sería señalarse a sí mismos como culpables. Además, es casi seguro que no saben por qué te buscan. Si ellos quisieran encontrarte, lo harían porque, según afirmó uno, saben quién eres.

Tampoco son los policías. ¿Cómo pueden saber tu nombre para pedir información acerca de ti si jamás te lo preguntaron, mucho menos con apellidos completos, como lo escuchaste y lo viste en el televisor de tu sueño? Debe ser por otra cosa. Poco frecuentes a tus padres, a tus hermanos, a tus familiares, a tus amigos. A ninguno de ellos te le has perdido.

*Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Perdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

¿En dónde se agradecerá la información? Esa puede ser la clave para descubrir quién o quiénes te buscan. Si no vienen a ti, debes acercarte a ellos. Pero no tal como eres. Te buscan bien rasurado y delgado. Deberías acercarte ataviado con barba y bigote, pero no los tienes. Puedes salir de aquí al menos con una gorra de béisbol y con esos ridículos anteojos negros que te regaló una antigua novia.

Te pasas la pesadilla dándole vueltas a esto, esperando descubrir en televisión un indicio de quién te busca, pero ya no aparece la petición de información sobre ti. ¿La habrán retirado o sólo pagaron cierta cantidad de avisos en el horario temprano? De cualquier manera, bien harías en alejarte de esta casa para que no les fuera fácil atacarte.

Entonces despiertas y lamentas que la pesadilla continúe en la realidad. Al menos nadie te busca por televisión, eso fue en el sueño. Es un pequeño alivio, pero la verdadera amenaza, la bestia de siete cabezas acecha en la realidad.

De repente oyes voces frente a tu casa y te asomas para ver quiénes son. No se ven, porque la cochera, aunque vacía, no te lo permite. “¿Estás seguro de que aquí vive?”, dice una voz grave y lenta. “Como de que me dicen Bruja”. “Más vale que no te equivoques porque los chotas no nos la van a perdonar”. “¿Tú crees que se atrevan, con todo lo que sabemos de ellos?”. “Yo digo que no hay que hacerle pelos a la burra”.

“Estaba buena la vieja, ¿verdad, Masto?”. “Sí, muy buena, pero este bato no la quería ni tocar”, dice la voz grave y lenta. “Es cierto, Moco. Te viste muy maricón. Con eso de que tu noviecita pa’cá y que tu noviecita pa’llá, no sabías de lo que te ibas a perder”. “Pero ¿qué tal yo, Bruja? Les puse la muestra a los dos”, se escucha una risotada. “N’hombre, Masto. No inventes. Tan grandote y tan poquita cosa que te cuelga. A mí me daría vergüenza sacarla hasta pa’ miar”. Las carcajadas resuenan en la calle vacía. Y entonces, el de la voz gruesa se oye ofendido y los reta a golpes.

En este momento se estaciona enfrente de tu casa una patrulla. Es la 4343 y un escalofrío recorre tu espalda. Uno de los policías les dice a los malandros: “¿Seguros que es aquí?”. “Claro, jefe,

aquí mero”. “Bueno, lárguense, y no quiero saber que andan armando desmadre otra vez, porque si no, ya sabemos dónde encontrarlos”. “Está bien, jefe. Oiga, ¿no traerá por ahí algo para alivianarnos?”. “¡Lárguense ya!”. Después, silencio.

Tocan a la reja con algo metálico. No lo piensas más. Te atavías con gorra y anteojos, abres con mucha cautela la puerta del patio, cierras por fuera sin ruido, brincas la barda en diagonal para salir por el pasillo de la casa de atrás que se encuentra a la derecha de tu patio, abandonada desde hace tiempo. Recorres el pasillo en silencio y saltas la pequeña cerca de su frente para escapar.

Corres hacia la barda de la colonia, la brincas para ocultarte entre la maraña de matorrales y árboles. Sabes que hasta ahí no podrán seguirte con la patrulla. Para tu fortuna, no hay quien se asome a ver por qué corres. No te detienes hasta alcanzar la parte más tupida de vegetación. Ahí permaneces soportando piquetes de mosquitos areros. Estás a su merced. Subes a un árbol desde donde puedes ver el movimiento de la patrulla. Te armas de paciencia. Ni el sol ni el reloj avanzan. Primero llegan las nubes.

Después de casi media hora sale la patrulla de tu calle, se mueve lenta, recorre la colonia a vuelta de rueda. Ocho ojos barren cuanto se mueve a su paso, así se trate de un perro, de un gato, de pájaros o nubes. Hasta las hojas de los árboles se quedan quietas. La patrulla va hacia el fondo de la colonia, da vuelta y regresa. Vuelve a entrar a tu calle. Se demora buen rato. Tal vez llamen a tu reja, tal vez hagan preguntas a las vecinas siempre atentas, tal vez la patrulla sólo se haya estacionado a una distancia prudente.

Lo que menos les conviene a los policías es preguntar por ti. Si metidos en la desesperación se atreven a hacerlo, si insisten en conocer tu paradero, las vecinas querrán saber por qué te buscan, y si ellos dicen que has cometido un delito querrán saber a detalle cuál, cómo y contra quién, y si dicen una mentira, ellas, expertas en el manejo cotidiano de la información, la descubrirán.

Lo mismo si mienten la verdad, ellas querrán saber cómo saben ellos que fuiste tú quien violó a la muerta y hasta defenderán tu reputación. Claro que no ha de faltar una que desate su lengua afirmando que ya lo decía ella, que se le hacía mucha belleza

tanta rectitud, que nadie puede andar siempre en buenos pasos, que jamás ha conocido a alguien tan intachable y tú no ibas a ser el primero, que quienes más buenos parecen siempre tienen algo que esconder, que no pasas de ser un moscamuerta.

Te cansa permanecer encaramado en el árbol. Padeces sed y las ansias casi te empujan a regresar a tu casa, darte un baño y aliviar la comezón por tanto piquete de mosquito. Pero hay que aguantar hasta que los policías se vayan, para evitarlos siguiendo otra ruta. Eres paciente hasta el martirio, hasta que por fin abandonan tu calle, salen de la colonia y se van rumbo a San Roque.

Tras abandonar el escondite, a media tarde, sin regresar a tu casa, tomas un camión urbano hacia el centro de Monterrey. Ruta 223, blanco y azul, climatizado, asiento pegado a la ventanilla derecha. Casi te hundes en el asiento, en los anteojos para el sol, en la gorra, sin dejar de mantenerte atento a la calle y a las paradas continuas, vigilando que no aborde alguno de los violadores o de los policías.

Ante cada patrulla que ves pasar, sin importar a qué policía pertenezca, su número es un imán para tus ojos. Te cubres con la gorra y lo ves sin que nadie lo note y, sobre todo, sin que los tripulantes te vean, sin que te detecten huyendo de ellos. Por fortuna hoy escapaste a las cabezas del monstruo. Pero no quieres tentar a tu suerte.

“¿Me da permiso?”, dice una voz desde abajo del camión. El chofer da su consentimiento y un hombre sube y, en seguida, requintea y canta acompañándose con los acordes de una guitarra.

San Nicolás de los Garza,
Guadalupe, Monterrey,
San Pedro Garza García,
y alrededores también,
pónganse alertas, no duerman,
porque puede suceder
que a cualquier hora del día
les sorprenda algún revés.

Si por una calle pasan
al descuido, sin mirar,
es probable que una bala
les dé muerte natural.
Esto no es cuestión de suerte
porque asoma aquí y allá

muerte, muerte, mucha muerte,
y es difícil escapar.

¿Y qué tal si por Calzada
empiezan a caminar
cientos de muertos por balas
y vienen a reclamar
su lugar en el conteo
que se obstinan en negar
las autoridades nuestras
tan dadas a maquillar?

Las autoridades dictan:
Si bala te da en la sien,
fue tu culpa, un accidente,
precaución debes tener.
Si quieren hacerse tontas
yo no me pienso oponer.
Tapen el sol con un dedo,
laman la coyunda bien.

A medida que avanza el corrido te hundes más en el asiento. Al terminar, el cantante se disculpa si molestó a alguien y pide a los pasajeros una moneda que les sobre a cambio de la interpretación. Cuando pasa a tu lado con la mano tendida, finges dormir. Ya al fondo del urbano, agradece y baja. “Muerte, muerte, mucha muerte”, recuerdas del corrido y te hundes más en el asiento y te ocultas tras la visera de tu gorra, de modo que puedas ver sin que alguien te reconozca. No quieres que voltee a verte ni siquiera la mujer que en este momento se acomoda a tu lado.

Apenas transcurridos unos minutos, como por accidente, pero con suavidad e insistencia tu compañera de asiento roza su brazo con el tuyo. La ves de reojo y descubres que te mira coqueta, complacida con el roce. Es muy bonita y, aunque no lo fuera, no puedes evitar la excitación, la erección, te dejas llevar. Pero esto no dura tanto porque el roce con la piel de la mujer te remite a la muerta violada, a la violada muerta, no sabes ya cómo nombrarla. La excitación se interrumpe de inmediato, le pides permiso para que te deje pasar y, al verte incorporado, no tiene más remedio que hacerse a un lado para que abandones tu asiento.

Caminas por el pasillo, alejándote de ella. A pesar de ver asientos vacíos, permaneces de pie durante el último tramo del trayecto. La mujer volteea de manera insistente y haces como que no lo notas. Su mirada es de contrariedad, casi de odio, aunque

nada que supere las miradas de los violadores acusándote en falso. Cuando vas a bajar, se levanta, se viene tras de ti y, cuidando de que sólo tú la oigas, te suelta en la oreja con rencor: “¡Joto!”. Ni siquiera volteas a verla, desconcertado más por el lugar en que has bajado del urbano que por lo que te ha dicho, temeroso de que la bestia posea ahora más de siete cabezas.

Te sientes cansado y hambriento, pero sabes que no puedes regresar a la casa ni de noche, ni a escondidas siquiera. Lo más probable es que te sigan rastreando por los alrededores de la colonia o, en el mejor de los casos, las vecinas estarán pertrechadas tras las ventanas, preparándose para, en cuanto te vean llegar, arrojar basura en la calle, salir a barrerla y tener pretexto de fisgonear a sus anchas.

Por lo pronto, subes a otro camión urbano que te ha de llevar a un rumbo opuesto del que venías, al poniente de la ciudad, a un lugar concurrido, a donde nadie te reconozca y descanses de tanto agobio. Pasas por calles que no conoces, te extasías con edificios que no parecen ser de Monterrey y que compiten en majestuosidad con algunos edificios de Nueva York o de Chicago, según fotos de internet.

El tráfico se congela de repente y recuerdas aquel miércoles del año pasado que se desató la parafernalia al ser bloqueados más de cuarenta puntos de Monterrey como respuesta a la detención del “Tori”, supuesto jefe de los Zetas. A punta de pistola, los atracadores bajaron a no se sabe cuántos conductores y les retuvieron las llaves de sus vehículos para atravesarlos a lo ancho de calles y avenidas.

Hubo detenidos tras los hechos, pero no bloqueadores sino policías que, por miedo o por complicidad, patrullaban la ciudad y dieron la vuelta al momento de aproximarse a los bloqueos. Este tráfico lento es nada comparado con el caos vial de ese día. Enormes filas de vehículos se veían por casi toda la ciudad, la gente se exasperaba por la inútil espera de transporte público, un locutor aconsejaba a los bloqueados que se organizaran para retirar de las calles los vehículos atravesados, se multiplicaban las llamadas entre familiares para saber cómo se encontraba cada quien. Todavía en los días siguientes algunas escuelas no laboraron como consecuencia de ese desquiciamiento.

Llega un momento en que los edificios dejan de interesarte. Tu estómago empieza a reclamar por tan prolongado vacío. Para tu fortuna, el tráfico vehicular fluye y buscas en la memoria un lugar dónde comer, uno en que haya mucha gente para confundirte en medio de ella y ocultarte de malandros y policías (aunque ya no distingues cuáles son unos y cuáles otros). Puede ser algún centro comercial, como Galerías. Ahí se venden muchos tipos de comida y el lugar siempre se encuentra repleto de personas que no se fijan en nada ni en nadie porque lo único que les preocupa es comer sin ocuparse de quién las ve.

Un comedero hecho a tu medida, un escondite perfecto. ¿Pollo, ensalada, gorditas, comida corrida, tacos, tortas, comida oriental, hamburguesas? En este momento pedirías todo a la vez, pero te decides por pollo frito, la orden individual que más piezas traiga y un refresco enorme. En cuanto te sirven y te sientas frente a la mesa, devoras como si llevaras días de ayuno y te obligas a controlarte, a comer con más calma pues temes llamar la atención con tu voracidad.

Siempre te ha sucedido que, cuando comes así, te recriminas por dar cuenta de la comida en menos de veinte minutos; sobre todo porque piensas que alguien que tardó tanto en tenerla preparada y lista para consumirse, no se merece la descortesía de que la devores casi sin masticarla y en tan poco tiempo. Es como un insulto para quien la cocina. Agradeces no conocer a la persona que preparó el pollo que acabas de zamparte (no encuentras otra palabra que lo describa), y así le quitas la gravedad a ese pensamiento.

Recoges los sobrantes, los recipientes, el montón de servilletas usadas (¿por qué es tan pegajoso el pollo en los dedos?), los vacías en el bote de basura y, tras estibar la charola encima de otras, te diriges a los sanitarios. En el mingitorio decides que la única opción para descansar, relajarte o dormir es el cine. Y entonces te diriges a comprar boleto sin molestarte en consultar la cartelera. Preguntas cuál función está por empezar y, sin siquiera escuchar la respuesta, adquieres boleto para la sala 4, la fila J, el asiento 14.

Tras los comerciales y los adelantos de futuras proyecciones, te extiendes en el asiento y, apenas iniciada la película, cierras los ojos y te echas a dormir. Como siempre, te acomete una pesadilla.

Nunca es la misma, pero es inevitable que dejes de soñar inquieto, no por lo que ha acontecido en los últimos días, sino porque es tu manera de dormir.

Vas por una calle solitaria que, si no es Morelos, lo parece, porque no hay acceso a vehículos. Mientras te desplazas por en medio de ella te preguntas qué haces caminando por esta calle que no conoces, y te intriga saber hacia dónde te lleva. No sabes lo que buscas ni qué te empuja a caminar por aquí. Te dejas llevar.

De pronto, a medida que avanzas, sabes que debes dirigirte a siete distintos lugares al mismo tiempo y en menos de lo que lo piensas ya eres otros seis túes, cada cual caminando por su propia cuenta, con su propio cerebro, con su propio destino, pero al mismo tiempo conectados, sabiendo lo que tú y tus otros seis túes llevan a cabo.

Uno entra decidido a un bar, toma asiento en la barra, algo que jamás has hecho tú, el de siempre, porque a lo más que has llegado es a sentarte solo ante una mesa para esperar a alguien. Ese tú, pide una cerveza Bohemia y se pone a saborearla con calma, pensando en lo que acaba de sucederte, sorprendido de ser uno de los siete. Divagando, no preocupado, sino tratando de explicarse. Mira sin atención la repetición de un juego de fútbol que ha visto tres meses atrás.

El segundo tú, se dirige a una zapatería y se dispone a ver los diversos modelos y estilos que están a la venta, se fija en los zapatos sucios y viejos que llevas puestos, pero no inservibles, recapacita, y se dice que están bien, que no es necesario gastar dinero en vano, por lo que se encamina a una plazuela en la que hay al menos tres boleros. Se coloca en la silla que se le ofrece para iniciar una boleada. Se enfrasca en la lectura del periódico de la tarde mientras el bolero cambia el aspecto de los zapatos. En el periódico no hay noticias tuyas ni fotos y respira aliviado.

El tercero de los túes se interna en Sanborn's y se pone a ver revistas. Busca en primer lugar las que se dedican a literatura. Abre una, la hojea, lee a saltos y entre líneas; la regresa a su lugar y toma otra, regresa a la anterior al notar que hay dos textos que tratan un tema parecido en ambas, y continúa tras compararlas; toma otra, no le interesa, la abandona en su espacio. En seguida elige aquellas que tienen

suplemento cultural, vuelve a hojear, a leer a saltos y entre líneas. Mientras lo hace, siente que recorre el paraíso. Se olvida de él, que eres tú, se engaña creyendo que es el único tú.

El cuarto se introduce a un lugar en que se venden discos. Por un momento desea volver a dividirse para alcanzar a escuchar música regional, rock, clásica, ranchera, balada, instrumental, jazz, pero un segundo prodigio es imposible y se conforma con recorrer sin prisas los apartados musicales. Desde que llega, los dependientes se dedican a atenderlo de manera exagerada. Van tras él cuando se dirige a un apartado, se le acercan cada cierto tiempo preguntando si pueden ayudarlo, si busca algo en especial. Así se la pasan hasta que, fastidiado por el asedio de quienes atienden la discoteca, le asegura a uno: "No te voy a robar nada, quiero oír nada más". Sólo entonces lo dejan en paz y cada disco se le vuelve gozo.

El quinto tú es atraído por un cine y entra a ver una película de suspenso. Por supuesto, elige la que no habría visto ni en mil años. La sala luce casi sola, nada más tres parejas y tu quinto tú, asisten a la función de las 3:10 de la tarde. No es la gran película, pero cuenta una historia convincente y lo hace con eficiencia, así que la disfruta de principio a fin. Sonríes desde el sueño porque, aunque dormido, no pierdes de vista que sueñas desde adentro de un cine a uno de tus túes viendo una película, y vaya si lo disfrutas. Jamás habías visto una película con los ojos cerrados.

El sexto tú, atraído por el olor, se ha sentado ante la mesa de un restaurante en el que pide un guiso elaborado con carne de res, chile morrón, cebollines, tocino; todo acompañado por frijoles y arroz servidos en platos más pequeños, y una buena dotación de tortillas. Lo acompaña todo con limonada en agua mineral. Se entretiene cuanto quiere comiendo. Hacía años que no comías con tanta lentitud, aunque sea a través de uno de tus túes. Come despacio y con apetito, como si no lo hubieras hecho afuera del sueño.

El séptimo eres tú, el original. Sigues caminando por en medio de la calle que no reconoces del todo, tal vez Morelos pero tal vez no, sabiendo y sintiendo lo que hace cada uno de tus otros túes, disfrutando la peculiar sensación que jamás habías experimentado de hacer todo al mismo tiempo sin

hacerlo propiamente tú, haciéndolo y no haciéndolo a la vez. Desde el sueño no te complicas la existencia, no se trata de explicártelo ni explicárselo a alguien más, sino de entenderlo simplemente.

Termina la película y los siete vuelven a ser tú, satisfechos de cuanto les has permitido realizar en un sueño del que no sabes si ha durado hora y media o acaso algunos segundos, si ha durado la suma de cuanto realizaron o nada más lo que durarían sincronizadas las acciones de los siete. Es un verdadero enigma. Pero despiertas muy descansado.

Te despabilas sentado todavía, te incorporas con lentitud, sales del cine y recorres el centro

comercial respirando una tranquilidad de la que hacía una vida no gozabas. No lo puedes entender, pero te sientes pleno, como cuando las siete réplicas te llenaron de ti. Sabes que no eres tantos, que no eres tan complejo, tan complicado. Pero la vida a veces es así de inexplicable. ¿Qué le vas a hacer?

De repente recuerdas a la bestia y su número: 4343. Y entonces los siete túes huyen despavoridos de ti, como si fueran legión, y te sientes deshabitado, desamparado, a merced de tus perseguidores. Empiezas a caminar sin rumbo al principio, y poco a poco sin perder de vista el Cerro de la Silla, te diriges siempre hacia él.